

Discurso del señor doctor Luis Bossano, Presidente del Tercer Congreso Latino Americano de Sociología

Señores:

Privilegio de resonancia insigne ha constituido para la Capital ecuatoriana el de dar albergue en su seno, por medio de sus más calificadas instituciones de cultura, al Tercer Congreso Latinoamericano de Sociología. Asiento y núcleo del alma de la Patria, esta Ciudad maternal e idealista personifica desde antiguo, como por vocación connatural, la custodia y el hálito animador de las mayores esencias espirituales de la Nacionalidad. Por eso sintió a honra y beneplácito, acoger el gran certamen de ciencia y seguir en él, en su obra densa y en sus eventos todos, con atención asidua y jubilosa.

Fué tomado el acuerdo de elección de esta sede con ánimo espontáneo y cordialísimo, por parte de los sociólogos latinoamericanos y a sugestión del preclaro Profesor de la hermana República de Chile Astolfo Tapia, al finalizar el Segundo Congreso, llevado a cabo en Río de Janeiro en 1953. Los integrantes de A.L.A.S., a cuya cabeza, desde su fundación, alienta con singulares luces el sociólogo y maestro Alfredo Poviña, quisieron mantener ininterrumpidos la marcha y el esfuerzo del sapiente organismo. Creado en Zurich, hace apenas un lustro, con ocasión del Primer Congreso Mundial de Sociología, por el grupo de concurrentes de esta parte del mundo, su obra, meritísima ya, viene aquilatándose, con pasos firmes, por una actividad perseverante y ordenada. Hubo de surgir como el necesario fruto de un apremio intelectual ante la visión de este gran conglomerado latinoamericano, con sus realidades telúricas y sociales de contornos definidos y valores bien distintos en diversos ámbitos de lo humano. Si sobre ellos, además, ya existía un caudaloso acopio de enfoques específicos, al amparo de esta disculpa, era me-

nester consagrarios en los marcos de un empeño sistematizador en nada incompatible con el cometido de la Organización Mundial.

La razón de ser de la nueva perspectiva, teníamos bien patente a nuestra vista. Hay, en efecto, una ostensible tipicidad de características y rasgos que se integran en la existencia de Latinoamérica. Opuestos, pero no disociados soportes en el mundo físico: los términos en que se comprende el gran anillo de la zona tórrida y las latitudes de las regiones templadas; las altas comarcas andinas y las cambiantes mesetas del litoral marítimo; todo con sus necesarias correspondencias en una prodigiosa multiplicidad de los recursos naturales, de la fauna y de la flora. Y en los planos de lo humano, las variadas procedencias de la sangre, proyectándose indistintas en toda una gama de estratos sociales, sectores medios, clases altas, masas obreras, indios y campesinos, en configuración aparte. Y entre tal ingente heterogeneidad, un constante fluir de acicates solidarios, una vertiente continua de flexibles resortes que enlazan, en rutas convergentes, conducta y móviles del hombre.

En la misma tierra del maíz, de la patata, del cacao y de la quinua autóctonos y que volcó su limo nütrico para abrigar la simiente de trigales, viñedos y olivares llegados de Ultramar, esa su gente, abigarrada, morena y cosmopolita, ha franqueado las antenas de su espíritu, sin mallas de prejuicio, para todas las ondas civilizadoras, en comunes vicisitudes y procesos y más concretamente, en avances y en descaecimientos. Pero en su seno profundo agitanse aientos ecuménicos. De allí el propio desvío en su propensión al trasplante apresurado, como en toda existencia inmadura. Si en un destajo vertical se analiza las capas de nuestras sociedades hacia los cuatro puntos cardinales del Continente, habremos de encontrarlas, con explicables excepciones, asociadas horizontalmente cada una por idénticos compases de vicios, de virtudes y de complejos. En éstos entremézclanse sus hondos problemas. Mas son conflictos de análoga substancia, ajenos a las discrepancias nacionales, de aquellas que, en milenios ya, asoman entre las tenaces desemejanzas de los "mosaicos de intereses, de religiones y de razas" de otros hemisferios.

De allí que la unidad sociológica de la América Latina, a lo largo de su marco histórico, pueda ser definida a través de un sentido vital y cultural que se funde en nexos de una hermandad esencial en la conciencia de sus pueblos. Por encima de los desconocimientos y a pesar de las aislantes dilataciones de la geografía, los similares cauces de la estirpe, la trayectoria y el destino, proyectan con gravitaciones inexorables en una entrañable unidad de estructuras animicas. A cualquiera de nosotros nos ha podido ocurrir la afortunada experiencia de que, viajeros por un continente extraño al nuestro, al

hallarnos, lo mismo un guatemalteco con un uruguayo, un colombiano con un venezolano o un ecuatoriano con un peruano, siempre en venturoso descubrirse recíproco, saboreamos la sensación de encontrarnos con un miembro de nuestra propia e íntima comunidad.

Hemos llevado, de otra suerte, el antecedente de significación incuestionable en orden a la honda y múltiple obra que el pensamiento latinoamericano había venido adelantando, como hitos inconfundibles, a la luz de la Sociología, ya en trascendentales mirajes y dilucidaciones suscitados por variadas realidades de esta parte del Nuevo Mundo, ya también en medulares sustentaciones concernientes a la disciplina en sí misma, en sus planteamientos generales, así en planes académicos o en direcciones didácticas. No es el instante ni es menester, sin duda, realizar el recuento de aquella ingente tarea llevada a cabo desde el Plata al Río Grande. Y en la última de las tres etapas que en aquella advierte el penetrante sondeo de Poviña —la del positivismo, la universitaria y la de las aplicaciones— vamos ya encontrando la cristalización en rutas certeras para los logros finales de la Ciencia.

Si es verdad que en la Filosofía se da una base profunda de las ciencias, bien sabido tenemos también que la Sociología, en su dinámico contenido, ajena a los sondeos metafísicos o a la mera elaboración de abstractos preceptos optimistas, su esencia y su trascendencia arrancan de las entrañas vivientes de lo humano, en raíces, expresiones y correlaciones integrales. Conocidos y, por ende, sobreentendidos los principios, las bases generales de la Teoría social, procede su aplicación hacia las realidades concretas con la visión de las formas tangibles de grupos específicos. Y así iremos llegando al momento que responde al *para qué* de la ciencia. Pero a tal plano sólo es dable desembocar mediante el dominio de leyes; leyes siempre, porque sin ellas el Universo, en cualquiera de sus esferas, sería el reino del azar y del caos. Lo matemático, lo físico, lo social, son mundos gobernados por leyes, cada uno con sus caracteres propios, pero con vigencia incuestionable. No osaría repetir ante vosotros la trascendencia de los procesos volitivos que en lo humano asigna significado peculiar a la índole de sus investigaciones y a la calidad de sus principios.

Y como quiera que el genial fundador Augusto Comte comenzara sosteniendo que la sociedad es el capital objetivo, el todo, la sustancia primordial en el contenido de nuestra ciencia, como que en la asociación de los humanos radica la razón de su existencia, de su desarrollo y de su propia fructífera cooperación, no es menos cierto que las pautas ineludibles de un obvio análisis imponen la percepción de los elementos objetivos, los integrantes vitales y las fuerzas y fac-

tores a que se subordina la complejidad de sus hechos y formas evolutivas. Por eso, en el marco y en el subfondo de cada conglomerado, hay que buscar un escenario de amplios contornos, de los más insospechados influjos y engranajes. Será la inquisición realista de la entraña social, la captación de regularidades y procesos tendenciales, consagrados en las contemplaciones modernas de la ciencia, en cuyos carriles metodológicos bien sabemos, hállase descartada la técnica experimental.

Tal es el campo de labores que ha mirado ante sí, en el inmenso marco telúrico, vital y social de nuestro Continente, la Asociación Latinoamericana de Sociología, consecuente con los designios que inspiraron el Acta de fundación de Zurich para fomentar y sistematizar esa investigación sociológica, coordinar las tareas y aprovechar eficazmente sus resultados. Por tal concepto, temarios y recomendaciones de los congresos responden a un plan de desarrollo escalonado de esos estudios por parte de las correspondientes instituciones y los sociólogos de América. Así, el primer certamen, realizado con éxito resonante en Buenos Aires en 1951, hubo de desenvolverse en torno a un prudente tema de iniciación: el planteamiento de "los problemas fundamentales de la Sociología latinoamericana". En las proposiciones del Segundo Congreso llevado a cabo dos años más tarde en la República del Brasil, pudo avanzarse, siempre con hondura, el examen de una problemática social proyectada más cercanamente hacia nuestras realidades. Nuestro certamen que hoy llevamos a feliz término, ha traído aparejados enfoques específicos, como conocéis, del más alto significado en la sociología latinoamericana.

Seis aspectos fundamentales han integrado los ángulos del Temario, cada uno de los cuales, en prolíjo análisis de las comisiones y a través de las sesiones plenarias, han constituido la preocupación primordial en las labores del Congreso, sin que hayan faltado trascendentales conclusiones y ponencias conexas.

Las proposiciones básicas han versado en torno a las Bases para un Programa común de la Enseñanza de Sociología en la América Latina; Teoría de las clases sociales y su realización americana; la Sociología Rural en la América Latina; los problemas de la Educación desde el punto de vista sociológico; problemas del Mestizaje en la América Latina y, finalmente, la realidad indígena en América.

La consagración docta, profunda y copiosa, en magnífica cooperación de todos y cada uno de los señores congresistas, ha puesto en evidencia el éxito cabal de las labores del Certamen.

Quede, pues, imperecedera constancia de esa magna obra realizada por las Delegaciones, al servicio del unánime anhelo de bienestar social, por la mayor exaltación de nuestra Ciencia y, fundamen-

talmente, para beneficio final de estos pueblos latinoamericanos y del mundo en que vivimos.

Y resta un campo de las más dilatadas perspectivas en las tareas por desarrollar y cuyas proyecciones impondrán cada vez nuevos y mayores esfuerzos.

Será menester multiplicar las sociedades filiales en todas las capitales y centros universitarios para una labor coordinada; deberán establecerse correlativamente seminarios de estudios e institutos de investigación buscando cumplir una división del trabajo bajo un criterio, de enfoques espaciales o de órdenes fenoménicos determinados; habrá de fomentarse la implantación de cátedras para la mejor y más certera difusión de la Ciencia en los planos académicos y didácticos.

No hace falta detenerse a contemplar todas las sucesivas etapas de crecientes actividades que sin duda continuarán exigiendo, con ahínco cada vez mayor, las realidades sociales y las conquistas de la ciencia seguida de sus técnicas.

Vasta y honda disciplina que, al mismo tiempo que resume conocimientos aprovechando conclusiones de todas las ciencias que en lo humano se proyectan, esfuérzase por desentrañar principios en nexos de causalidad y de interdependencia, para buscar al fin rutas idóneas de perfeccionamiento, ceñidas a la realidad, medida y apremios del hombre en su órbita social.

El ser humano es la resultante de sus influjos ancestrales, así como de la naturaleza y del medio social en los que se da. La sociedad, simplemente, corresponde a tales elementos, asociados en la más compleja urdimbre. Por eso, la ciencia que la confronta abarca ingentes cometidos frente a los destinos del Mundo y de allí la correlativa responsabilidad que cabe a quienes, al amparo de disciplina tal, proponen cumplir su grande o pequeña tarea.

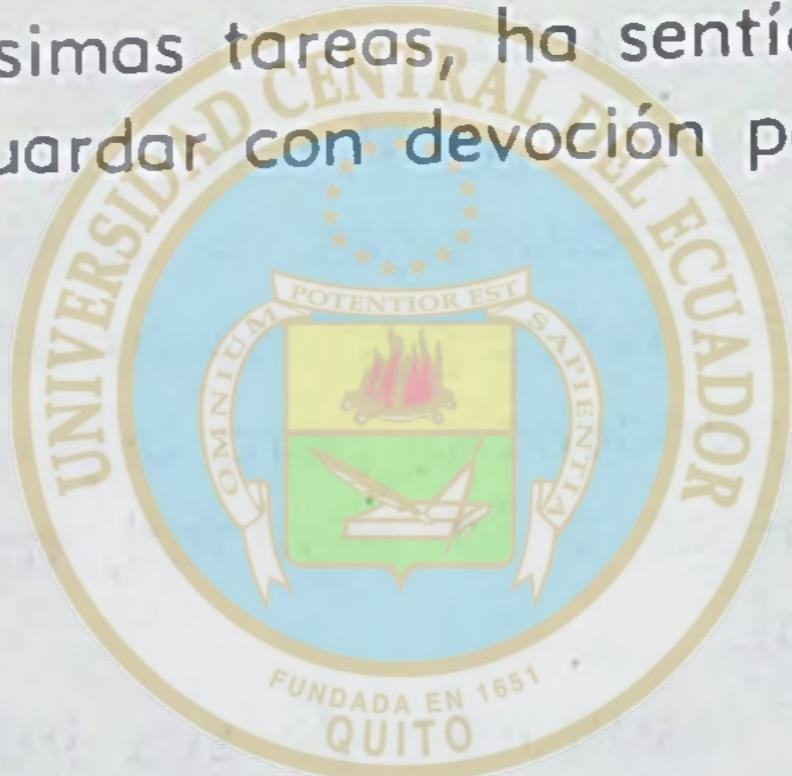
Y en este modo, si la Cultura es, como todos sabemos, el dominio y aprovechamiento de las fuerzas de la naturaleza y de la vida para beneficio del espíritu del hombre, la ciencia sociológica constituye su más ancho, directo y profundo sustentáculo. Toda la Ciencia y toda la Técnica que hayan de subordinarse a los apremios de superación de las colectividades, llevarán implícitas la virtualidad de la mayor exaltación de las energías superiores de la Especie.

Honda y vasta es, pues, la empresa que se perfila en esa gran confluencia de caminos, cuando estamos mirando que en nuestro mundo de hoy, si dueños de seductores secretos de la materia y la energía, aún nos restan ingentes enigmas de la humana existencia por escudriñar, todavía perseguimos los elementos esenciales de un mínimo de bienestar para inmensos bloques de hombres, aún estamos buscando sentido e instrumentos frente al arduo problema de masas

por civilizar, ciudadanos por educar, dirigentes que capacitar. No podemos ni debemos ya continuar olvidando que el destino de los pueblos y el equilibrado bienestar de las sociedades deben ser entregados, inexorable y exclusivamente en las manos de los más aptos. Apto, en la extensión más compleja y completa del vocablo. Y este, tal vez, debe ser un objetivo primordial en nuestros empeños de hombres de ciencia, de educadores y de agentes de cultura.

"Omnia potentior est sapientia", sólo la sabiduría es poderosa, reza la enseña de esta Universidad que hoy nos abriga. "Sólo la sabiduría debe tener poderes en el Mundo", debe ser nuestra divisa, si buscamos arrancar los secretos del bienestar social en nuestros pueblos fraternos de Latinoamérica.

Al clausurar las labores del Congreso, cuya huella fecunda quedará inextinguible en estos claustros de la Universidad quiteña, os ruego recibir, ilustres señores Delegados, el íntimo homenaje de quien, al presidiros en meritísimas tareas, ha sentido colmado de honra y de lustre que sabrá guardar con devoción perenne.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL